

El primer domingo

Histórica · Obra de 8 personajes · 5 mujeres, 2 hombres, 1 indistinto · 75 min · Intermedio

Abril de 1945. En Bellegrange, las mujeres votarán el domingo por primera vez, y la lista del alcalde lleva diez nombres de hombres, cinco de ellos todavía prisioneros en Alemania. En el lavadero, a alguien se le mete en la cabeza que una de ellas podría sentarse en el consejo municipal: Louise, que lleva la granja desde hace cinco años. Habrá que escribir las papeletas a mano, encontrar papel, plantarle cara al alcalde y, sobre todo, atreverse, en la cabina, a dejar su propio nombre.

Bellegrange, un pueblo de la Nièvre: el lavadero, la tienda de ultramarinos, la cocina de una granja, el aula de la escuela que hace de colegio electoral, el sábado 28 y el domingo 29 de abril de 1945.

Reparto

LOUISE (Papel femenino, Adulto) 39 años, lleva sola la granja de los Mercier desde que su marido, Paul, está prisionero en Alemania.

AUGUSTINE (Papel femenino, Sénior) 71 años (confiesa 65), lavandera en el lavadero municipal desde hace cincuenta años, viuda desde 1916.

SIMONE (Papel femenino, Adulto) 47 años, la tendera, cuyo marido también está prisionero.

LUCIE (Papel femenino, Joven adulto) 20 años, la hija de Simone; tendrá edad para votar en junio.

AGATHE (Papel femenino, Sénior) 68 años, la mujer del alcalde.

CLAUDE (Sin marca de género, Adulto) treinta y tantos años, lleva la oficina de correos, el telégrafo y el único teléfono del pueblo.

ARMAND (Papel masculino, Sénior) 67 años, alcalde de Bellegrange desde 1925.

VICTOR (Papel masculino, Adulto) 34 años, hermano de Paul, repatriado del stalag en marzo por motivos de salud; duerme en la granja.

ACTO I : EL LAVADERO

ESCENA 1

(El lavadero municipal, un sábado por la mañana. El ruido del agua. Augustine frota una sábana sobre la piedra. Simone llega con un cesto de ropa.)

SIMONE. Ya está usted aquí.

AUGUSTINE. Yo siempre estoy ya aquí. Es el lavadero el que llega después de mí.

SIMONE. ¿Queda ceniza?

AUGUSTINE. En el cubo. Poca, que es mía. El jabón de tu tienda, lavé una sábana con él y la sábana salió más sucia.

SIMONE. Es el jabón que me traen. Yo no lo fabrico.

AUGUSTINE. No te acuso. Lo constato.

(Simone se arrodilla y empieza a lavar. Una pausa.)

SIMONE. ¿Ha visto el cartel?

AUGUSTINE. ¿Qué cartel?

SIMONE. En el ayuntamiento. La lista. Para mañana.

AUGUSTINE. Yo no leo los carteles del ayuntamiento, siempre dicen lo mismo: prohibido. Prohibido dejar sueltas las gallinas, prohibido lavar en el abrevadero.

SIMONE. Ese dice quién va a salir elegido.

AUGUSTINE. Entonces lo han escrito antes de que votemos. Qué práctico.

(Lucie llega corriendo, con una hoja en la mano.)

LUCIE. La he copiado. Palabra por palabra. Mamá, no la has leído hasta abajo.

SIMONE. He leído lo de arriba. Lo de abajo es igual que lo de arriba.

LUCIE. «Lista de unión republicana y de reconstrucción. Armand Delorme, alcalde saliente. Fernand Bastien, herrador. Émile Bouchard, molinero. Joseph Pichon, propietario.» ¿Propietario de qué?

AUGUSTINE. De la charca. Siempre ha dicho que la charca era suya.

LUCIE. «Paul Mercier, agricultor, prisionero de guerra. Marcel Garnier, tendero, prisionero de guerra.»

(Simone deja de frotar.)

SIMONE. Han puesto a tu padre.

LUCIE. Han puesto a todos los prisioneros. Cinco de diez. Cinco hombres que están en Alemania, ni siquiera sabemos dónde, desde enero no llega ni una carta, y los vamos a elegir para el consejo municipal.

AUGUSTINE. Irán a las sesiones por correo.

LUCIE. Ya no hay correo con Alemania.

AUGUSTINE. Entonces no vendrán mucho. Serán sesiones cortas.

SIMONE. Es un homenaje, Lucie. Es para decir que los estamos esperando.

LUCIE. Es para decir que no habrá sitio para nadie más. Diez sitios. Cinco para ausentes, cuatro para señores que están en el consejo desde 1925, y el último para Victor Mercier, que volvió hace un mes. Y ni una mujer.

SIMONE. Nunca ha habido una mujer en el consejo.

LUCIE. Tampoco ha habido nunca una mujer que votara. Y mañana hay ciento sesenta en este pueblo que van a meter un sobre en la urna. Para elegir a diez hombres.

AUGUSTINE. ¿Ciento sesenta? ¿Las has contado?

LUCIE. En el censo electoral. Está colgado al lado. Por cierto, sale su nombre.

AUGUSTINE. ¿Con mi edad?

LUCIE. Con su fecha de nacimiento.

(Augustine suelta la sábana.)

AUGUSTINE. ¿Y quién ha colgado eso?

LUCIE. El ayuntamiento.

AUGUSTINE. En este país ya no se puede guardar nada para una. Han liberado Francia para colgar en la pared la edad de las mujeres.

SIMONE. ¿Y tú? ¿Tú estás en el censo?

LUCIE. No. Yo todavía soy J3. J3 para el pan, J3 para votar. Cumpló

veintiuno el seis de junio. Me pierdo la democracia por cinco semanas.

AUGUSTINE. Yo soy A. Como todo el mundo.

SIMONE. Usted es V, Augustine. Le corto tickets V desde el año pasado.

AUGUSTINE. V de valiente.

SIMONE. Ya habrá otras elecciones.

LUCIE. Primeras, no.

(Una pausa. Lavan.)

AUGUSTINE. ¿Ciento sesenta, dices?

LUCIE. Ciento sesenta y tres.

AUGUSTINE. ¿Y los hombres?

LUCIE. Ciento cuarenta y nueve inscritos. Menos los que están en Alemania. Menos los que están en el cementerio y todavía no han tachado.

AUGUSTINE. Entonces somos más nosotras.

SIMONE. Eso no quiere decir nada. No vamos a votar todas lo mismo.

AUGUSTINE. No. Pero podríamos.

ESCENA 2

(Louise llega con un cesto de ropa apoyado en la cadera. Lo deja en el suelo, mira a las otras tres, que la miran.)

LOUISE. ¿Qué pasa?

AUGUSTINE. Nada.

LOUISE. Me miráis como se mira a una vaca que se ha comido el trébol mojado.

SIMONE. Hablábamos de las elecciones.

LOUISE. Ah. Yo hablo de las camisas. Victor se pone dos al día, en el campo cogió la costumbre de lavarse todo el rato, no se lo voy a reprochar. Pero ya no me queda azulete.

LUCIE. ¿Has visto la lista, Louise?

LOUISE. He visto la lista. Paul está en ella. El alcalde vino a preguntarme si estaba de acuerdo, el martes. Como si se pudiera decir que no.

AUGUSTINE. Siempre se puede decir que no. Es más: es lo único que siempre se puede decir.

LOUISE. ¿Para poner el nombre de tu marido en un cartel? Me dijo que era para que el pueblo no lo olvidara. Le dije que no había peligro de que el pueblo lo olvidara, que me preguntaban por él todos los días, en la iglesia, en el molino, en la tienda de Simone: ¿noticias de Paul? Ninguna noticia. Desde enero, ninguna noticia.

SIMONE. Lo mismo con Marcel.

LOUISE. Lo sé.

(Una pausa. Frotan.)

LUCIE. Tendría que haber una mujer en la lista.

LOUISE. Tendría que haber jabón, para empezar.

LUCIE. Lo digo en serio. Mañana votamos por primera vez, y vamos a votar lo mismo que antes. Como si no estuviéramos. Como si nadie se hubiera dado cuenta de quién hace funcionar este pueblo desde hace cinco años.

LOUISE. El pueblo funciona solo, está acostumbrado.

AUGUSTINE. No. El pueblo funciona porque tú haces la recogida de la leche todas las mañanas para las siete granjas de arriba, porque Simone lleva los tickets, porque el tío Pichon se creyó que mandaba en la trilla y la que mandaba eras tú.

LOUISE. Era más sencillo así.

AUGUSTINE. Eso es lo que se dice cuando una ha hecho el trabajo de otro.

LUCIE. Podrías presentarte, Louise.

(Louise deja de frotar.)

LOUISE. ¿Yo?

LUCIE. Conoces todas las granjas. Has llevado la granja de Paul, la recogida, las requisas. Negociaste con los alemanes lo de los caballos.

LOUISE. Negocié con un cabo austriaco que les tenía miedo a los caballos. Eso no es política, es equitación.

LUCIE. Eso es exactamente política.

LOUISE. Lucie, Paul está en la lista.

LUCIE. ¿Y qué?

LOUISE. Pues que no me voy a presentar contra mi marido. Está en un campo, no sabemos cuál, no sabemos si come, ¿y yo mientras tanto hago campaña contra él? ¿Qué diría la gente?

AUGUSTINE. Diría que tienes agallas.

LOUISE. Diría que no espero a que vuelva para quitarle el sitio. Ya lo dicen bastante.

SIMONE. ¿Quién dice eso?

LOUISE. Nadie. Todo el mundo. Desde que Victor ha vuelto y duerme en la granja.

SIMONE. Es su hermano.

LOUISE. Es su hermano, que tiene treinta y cuatro años y duerme bajo mi techo. Con eso hay para dos o tres conversaciones a la salida de misa.

(Augustine se endereza y se seca las manos en el delantal.)

AUGUSTINE. Yo no tengo ningún marido prisionero.

LUCIE. ¿Usted?

AUGUSTINE. Lo digo por decir. Digo que si se buscara una mujer sin marido al que andar cuidando, sin cuñado en el desván, que conoce el pueblo desde hace más tiempo que el alcalde, que sabe quién le debe qué a quién porque le ha lavado la ropa a todo el mundo, no habría que buscar muy lejos.

SIMONE. Augustine.

AUGUSTINE. Lo digo como ejemplo.

LUCIE. ¿Quiere presentarse?

AUGUSTINE. Yo no he dicho eso. He puesto un ejemplo. Un ejemplo se pone para que lo sigan los demás, no para ponerme yo.

LOUISE. Usted lo haría muy bien, Augustine.

AUGUSTINE. Ya lo sé. Pero la que hace falta eres tú.

LOUISE. ¿Por qué yo, si usted lo haría muy bien?

AUGUSTINE. Porque a mi edad te votan por educación, como quien saluda al paso de un entierro. A ti te votarían de verdad.

LOUISE. O en contra.

AUGUSTINE. Eso también es de verdad.

(Una pausa. Louise vuelve a coger la camisa y la retuerce.)

LOUISE. De todas formas, la lista ya está hecha. Está colgada.

LUCIE. Se puede hacer otra.

SIMONE. ¿Con qué? Hacen falta papeletas. Hay que imprimirlas. El impresor está en Clamecy y no tiene papel desde Navidad.

LUCIE. Se pueden escribir.

SIMONE. ¿A mano? ¿Trescientas papeletas?

LUCIE. Tenemos toda la noche.

SIMONE. Toda la noche la tenemos para dormir. Yo abro a las siete.

ESCENA 3

(Llega Claude, con una bolsa de Correos en bandolera y unas cuantas tarjetas en la mano.)

CLAUDE. Buenos días. No hay correo de Alemania. Lo digo ya, así nadie tiene que preguntar.

SIMONE. Gracias, Claude.

CLAUDE. Traigo las últimas tarjetas electorales. Llegaron ayer por la tarde al ayuntamiento, tenían que estar repartidas antes de mañana. Simone Garnier. Louise Mercier. Augustine Roux.

(Augustine coge la suya, la mira y se la esconde en el bolsillo.)

AUGUSTINE. Está mal.

CLAUDE. ¿Cómo que mal?

AUGUSTINE. La fecha. Se han equivocado de fecha.

CLAUDE. Es la del registro civil.

AUGUSTINE. El registro civil también se equivoca. A mi marido le puso «muerto por Francia», cuando murió por nada de nada, en un agujero, en febrero del 16.

(Una pausa.)

CLAUDE. Hay que reclamar en el ayuntamiento. El lunes.

AUGUSTINE. Déjalo. Votaré con mis seis años de más.

LUCIE. Claude, si quisiéramos hacer otra lista, ¿podríamos?

CLAUDE. Yo no me ocupo de las listas. Yo soy Correos.

LUCIE. Pero usted sabe cómo funciona.

CLAUDE. Sé lo que pone la circular que llevé al ayuntamiento. No es lo mismo.

AUGUSTINE. ¿Y qué pone la circular que llevaste?

CLAUDE. Pone que en un municipio como el nuestro, cada cual trae su papeleta. Impresa o escrita a mano, en papel blanco, sin ninguna marca. Se pueden tachar nombres. Se pueden añadir. Hace falta la mitad de los votos más uno para salir en la primera vuelta. Si no, se vuelve a votar el 13 de mayo.

LUCIE. O sea que se puede escribir cualquier nombre.

CLAUDE. Cualquier nombre de alguien que pueda salir elegido. El de la vaca, no.

AUGUSTINE. Eso va por el tío Pichon. En 1935 votó a su yegua.

SIMONE. ¿Y el papel? ¿Dónde se encuentra papel blanco un sábado, en 1945?

CLAUDE. La prefectura ha mandado dos resmas para las papeletas. Para todo el municipio.

LUCIE. ¿Y dónde están?

CLAUDE. En el ayuntamiento.

LUCIE. Cómo no.

CLAUDE. Yo me limito a decir dónde están. No digo lo que hay que hacer con ellas. Soy neutral.

AUGUSTINE. Neutral lo has sido siempre. Hasta en el 40 repartiste las cartas de los dos bandos.

CLAUDE. Es mi oficio. Una carta no vota.

(Se oyen chocar unas lecheras de metal. Pasa Victor, con una lechera en cada mano. Las mujeres se callan. Él se detiene.)

VICTOR. Buenos días.

SIMONE. Buenos días, Victor.

VICTOR. La leche de los Bouchard se ha cortado. La he apartado para los cerdos. Los cerdos no se van a quejar.

LOUISE. Gracias.

VICTOR. ¿De qué hablabais?

AUGUSTINE. De jabón.

VICTOR. ¿Ahora se habla de jabón en voz baja?

LUCIE. Hablábamos de la lista. Usted está en ella, Victor.

VICTOR. ¿En qué?

LUCIE. «Victor Mercier, agricultor, antiguo prisionero de guerra.» El último. El décimo.

VICTOR. Nadie me ha preguntado.

LUCIE. ¿No le han preguntado nada?

VICTOR. El alcalde me dio la mano a la salida de misa, el domingo. Me dijo que contaba conmigo. Le dije que sí, como se le dice que sí a un hombre que te está dando la mano. Creía que hablaba de la trilla.

AUGUSTINE. Con Armand, siempre es la trilla. Y luego, al final, es el cartel.

VICTOR. Yo no quiero estar en el consejo. Quiero dormir. Quiero una noche sin despertarme para contar a los demás.

(Una pausa. Nadie dice nada.)

VICTOR. Voy a decirle que me quite.

CLAUDE. Está impreso, Victor. El cartel está impreso.

VICTOR. Pues que me tachen.

LUCIE. Eso es. Hay que tacharle. Y poner a otra persona en su lugar.

VICTOR. ¿A quién?

(Las miradas van hacia Louise. Ella retuerce la camisa.)

LOUISE. Victor, ¿te llevas las lecheras? Las están esperando en la lechería.

VICTOR. Voy.

(Recoge las lecheras. Mira a Louise y se va.)

SIMONE. Ha adelgazado todavía más.

LOUISE. Come. Come mucho. No lo retiene.

CLAUDE. Tengo que terminar el reparto. Si alguien tiene un telegrama que mandar, la oficina abre a las dos.

AUGUSTINE. ¿Un telegrama a quién?

CLAUDE. No lo sé. Nunca se sabe. Hay gente que tiene cosas urgentes que decir.

(Claude sale. Una pausa. Lucie dobla su hoja.)

LUCIE. Bueno. Voy a pedirle a mamá que deje la tienda cerrada esta noche, y escribimos.

SIMONE. Yo no he dicho nada.

LUCIE. No has dicho que no.

SIMONE. ¿Y para ti es lo mismo? ¿No decir que no es decir que sí?

LUCIE. Sí.

SIMONE. Dios mío, eso lo has sacado de mí.

(Recogen la ropa. Augustine mira a Louise.)

AUGUSTINE. ¿Y tú?

LOUISE. ¿Yo qué?

AUGUSTINE. ¿Tú has dicho que no?

(Louise se apoya el cesto en la cadera.)

LOUISE. He dicho que Paul estaba en la lista.

AUGUSTINE. Eso no es un no.

LOUISE. No. No es un no.

(Sale. Augustine sonríe, vuelve a coger su sábana y frota más fuerte.)

ACTO II : LA TIENDA

ESCENA 1

(La tienda de ultramarinos de Simone, a mediodía. Un mostrador, una balanza, tarros casi vacíos. Simone recorta tickets de una hoja. Suena la campanilla de la puerta. Entra Armand, con el sombrero en la mano.)

ARMAND. Buenos días, Simone.

SIMONE. Señor alcalde.

ARMAND. Armand. Nos conocemos desde que tenías seis años, me llamabas Armand cuando te daba peladillas.

SIMONE. Ya no me da peladillas.

ARMAND. Ya no hay peladillas.

(Deja unas hojas de tickets sobre el mostrador.)

ARMAND. Nuestros tickets de abril. Agathe no ha tenido tiempo. Me haría falta el aceite, si tienes aceite.

SIMONE. Me queda un culo de aceite. Lo guardo para los tickets prioritarios.

ARMAND. Pues guárdalo. Tengo sesenta y siete años, no soy prioritario, solo soy viejo.

(Ella pesa la pasta, en silencio. Él mira los tarros.)

ARMAND. ¿Noticias de Marcel?

SIMONE. Nada desde enero.

ARMAND. Los americanos liberan los campos a miles. Hay trenes todos los días.

SIMONE. Lo sé.

ARMAND. Va a volver, Simone.

SIMONE. Lo sé.

(Una pausa.)

ARMAND. Tu hija ha pasado por el ayuntamiento esta mañana.

SIMONE. Ah.

ARMAND. Ha pedido papel. Para escribir papeletas. Agathe le ha dicho que el papel estaba reservado.

SIMONE. Lucie tiene veinte años. Pide lo que quiere.

ARMAND. Y hace bien en pedir. A su edad, yo también pedía. No se lo reprocho.

SIMONE. Entonces, ¿por qué me lo cuenta?

ARMAND. Porque Marcel está en mi lista. Y si mañana hay otra lista, una lista de mujeres, será una lista contra la mía. O sea, contra Marcel. Contra Paul. Contra los cinco que están allí y no pueden decir nada.

SIMONE. Nadie ha dicho que estemos contra ellos.

ARMAND. Nadie lo dirá. Pero cuando vuelvan, mirarán los resultados. Los resultados siempre se miran.

(Simone no contesta. Envuelve la pasta. Armand paga y cuenta las monedas despacio.)

ARMAND. ¿Te acuerdas, en el 42, cuando vino la inspección económica?

SIMONE. Me acuerdo.

ARMAND. Querían ver tus libros de cuentas. Yo estaba allí. Les dije que tus libros los tenía yo, en el ayuntamiento, para revisarlos. Se marcharon.

SIMONE. Se lo agradecí.

ARMAND. Me lo agradeciste, sí. No te pido nada, Simone. Solo digo que sé a quién le vendes azúcar los domingos, sé que la gente de Clamecy viene por el camino del bosque, y nunca se lo he contado a nadie. Nunca se lo contaré a nadie.

SIMONE. Entonces, ¿por qué me lo cuenta a mí?

ARMAND. Para que sepas que lo sé. Nada más. No es una amenaza. Yo no amenazo a la gente que he visto nacer.

SIMONE. No. Les recuerda que han nacido.

(Una pausa. Armand vuelve a ponerse el sombrero bajo el brazo.)

ARMAND. He sostenido este pueblo cinco años, Simone. Con los alemanes en el ayuntamiento dos veces por semana, y el maquis pidiéndome tickets de noche. Solo pido que no se rompa, la víspera del día en que todo empieza a ir mejor, lo que hemos mantenido en pie.

SIMONE. ¿Y si fuera mejor con otra persona?

ARMAND. Pues ya se verá la próxima vez. Cuando hayan vuelto. Cuando estemos todos.

ESCENA 2

(La campanilla. Entra Lucie, con las manos vacías, y ve a Armand.)

LUCIE. Ah. Está usted aquí.

ARMAND. Buenos días, Lucie.

LUCIE. El papel está bajo llave, en el ayuntamiento. Su mujer me lo ha dicho muy educadamente. Hasta me ha ofrecido una galleta.

ARMAND. Agathe hace las galletas con harina de castaña. Son duras como la ley.

LUCIE. ¿Es su papel?

ARMAND. Es el papel del municipio. Para las papeletas del municipio.

LUCIE. De la lista del municipio. La suya.

ARMAND. Las dos resmas llegaron el jueves. Las papeletas de mi lista están impresas desde hace quince días, en Clamecy, en papel del impresor. No he tocado ni una hoja de la prefectura. Puedes venir a contarlas.

LUCIE. El impresor no tiene papel desde Navidad. Lo sabe todo el cantón.

ARMAND. Le quedaba un resto. En el 43, cuando los gendarmes buscaban a su hijo para mandarlo a trabajar a Alemania, a mí se me olvidó encontrar su dirección. En abril, a él le apareció papel. Así es como se sostiene un pueblo.

LUCIE. Así es como se sostiene un alcalde.

ARMAND. Las dos cosas, Lucie. Muchas veces es lo mismo.

LUCIE. Entonces, ¿por qué el de la prefectura está bajo llave?

ARMAND. Porque todo lo que escasea está bajo llave. El azúcar también.

(Simone deja un tarro en el mostrador con un golpe un poco fuerte.)

LUCIE. Usted tiene miedo.

ARMAND. ¿De ti?

LUCIE. De una lista de mujeres.

ARMAND. Lucie, en 1925, en mi primer pleno, hice aprobar una moción para que las mujeres votaran. La única de todo el cantón. El tío Pichon se marchó de la sala. Así que no me vengas a decir que les tengo miedo a las mujeres.

LUCIE. No digo que les tenga miedo a las mujeres. Digo que le da miedo que voten ahora.

ARMAND. No tengo miedo. Pienso que no es el momento.

LUCIE. ¿Y cuándo es el momento?

ARMAND. Cuando hayan vuelto los hombres. Cuando podamos votar todos juntos, en igualdad, y no mientras medio pueblo está detrás de una alambrada.

LUCIE. Las mujeres llevan cien años esperando el momento. Mientras tanto, los hombres votaban. Hasta los que no sabían lo que votaban. Hasta el tío Pichon, a su yegua.

ARMAND. Lo de la yegua fue una protesta.

LUCIE. ¿Contra qué?

ARMAND. Contra mí. Sacó tres votos.

(Lucie se ríe. Armand sonríe.)

ARMAND. ¿Quieres que te diga lo que me da miedo? No son las mujeres. Lo que me da miedo es que un hombre vuelva de Alemania, que pese cuarenta kilos, que se baje del autocar delante de la iglesia y se encuentre con que le han quitado el sitio. Su sitio en el consejo, su sitio en la mesa, su sitio en todas partes. Que tenga la impresión de que el pueblo ha seguido adelante sin él. Hay algunos que no se recuperarán nunca.

LUCIE. ¿Y una mujer que ha ocupado su sitio durante cinco años, y a la que le dicen: gracias, ahora lo devuelves todo, vuelve al lavadero, esa cómo se recupera?

ARMAND. Se recupera. Las mujeres se recuperan.

LUCIE. Eso es lo que siempre se dice de las que nadie escucha.

(Una pausa. La campanilla. Entra Agathe, con una bolsa de la compra al brazo.)

AGATHE. Armand. La sopa.

ARMAND. Ya voy.

AGATHE. Ella no espera. Buenos días, Simone. Buenos días, Lucie. ¿Te has terminado la galleta?

LUCIE. La tengo en el bolsillo. Me haría falta un martillo.

AGATHE. Los jóvenes ya no tienen dientes. Se lo hemos dado todo a la guerra, hasta los dientes.

(Armand recoge su paquete de pasta. Duda en la puerta.)

ARMAND. Lucie. Dile a Louise que se lo piense bien. No lo digo por mí.

LUCIE. ¿Por quién, entonces?

ARMAND. Por ella. Una mujer de prisionero que se presenta, con el hermano del marido bajo su techo, la gente va a hablar. No seré yo. Será la panadera, el cura, los Bouchard. No quiero eso para ella.

SIMONE. Nadie quiere eso para ella. Por eso todo el mundo habla de ello.

ARMAND. Lo sé. Yo solo la aviso.

AGATHE. Hoy avisas a mucha gente.

ARMAND. Es mi papel.

AGATHE. Sí. La sopa también es tu papel. Se está enfriando.

(Armand sale. Agathe se queda un instante y mira los tarros vacíos.)

AGATHE. ¿No te queda azulete, Simone? ¿Para la ropa?

SIMONE. Desde febrero, no.

AGATHE. Qué pena. Hay cosas que solo se van con azulete.

(Va a salir. Lucie la detiene.)

LUCIE. Señora Delorme. La llave del armario, en el ayuntamiento, ¿la tiene su marido?

AGATHE. Mi marido no ha tenido una llave en su vida. Las pierde. Las llaves las tengo yo. Todas.

LUCIE. Entonces usted podría...

AGATHE. Podría muchas cosas. Llevo veinte años yendo al ayuntamiento todos los días. Buen provecho, señoras.

(Sale. La campanilla.)

ESCENA 3

(Una pausa. Simone guarda los tickets de Armand. Lucie saca la galleta del bolsillo y la golpea contra el mostrador. La campanilla: entra Louise, seguida de Augustine.)

AUGUSTINE. Tiene algo que decir. Me la he encontrado delante del ayuntamiento, leyendo el cartel. Llevaba un cuarto de hora leyéndolo. Tiene diez líneas.

LOUISE. No lo estaba leyendo. Lo estaba mirando.

LUCIE. ¿El qué?

LOUISE. «Paul Mercier, agricultor.» Agricultor. Paul no ha cultivado ni una remolacha desde junio del 40. La granja la cultivo yo. Las siete hectáreas, las dos vacas que quedan, el caballo que escondimos en el granero de los Bouchard. En el cartel, el agricultor es él. Yo no soy nada. No salgo en el cartel, no tengo oficio.

AUGUSTINE. Cuenta lo demás.

LOUISE. Déjeme contar lo demás. Pensé: si Paul vuelve mañana y lee esto, se va a reír. Va a decir: ¿agricultor, yo? Es Louise. Lo diría. Él es así. Entonces pensé...

(Se interrumpe.)

LUCIE. ¿Te presentas?

LOUISE. No tengo nada que perder. Si no salgo elegida, vuelvo con mis vacas, que no leen los resultados.

AUGUSTINE. Se presenta.

LOUISE. Pero no hago una lista contra Paul. No hago discursos. No me voy a plantar delante de la iglesia con una bandera.

LUCIE. No tenemos bandera.

LOUISE. Mejor.

LUCIE. Entonces nos hace falta una lista. Louise. Augustine.

AUGUSTINE. Ya que insistís.

LUCIE. Nadie ha insistido.

AUGUSTINE. Me adelanto.

LUCIE. Y mamá.

(Una pausa. Simone limpia el mostrador, que ya está limpio.)

SIMONE. No.

LUCIE. Mamá.

SIMONE. No puedo, Lucie.

LUCIE. Esta mañana has dicho que no habías dicho que no.

SIMONE. Pues ahora digo que no. Así queda claro. A ti te gustan las cosas claras.

LUCIE. ¿Qué te ha dicho?

SIMONE. ¿Quién?

LUCIE. El alcalde. ¿Cuánto tiempo llevaba aquí cuando he llegado?

SIMONE. Ha venido a comprar pasta.

LUCIE. ¿Media hora para comprar pasta?

SIMONE. Es pasta mala. Hay que escogerla.

LOUISE. Deja a tu madre, Lucie.

LUCIE. No, no la dejo. Papá está en la lista del alcalde, papá está en Alemania, y mamá tiene miedo. ¿Es eso?

SIMONE. Tengo una tienda, Lucie. Tengo una tienda y una hija que se cree que la vida se hace con principios. La vida se hace con tickets, y los tickets pasan por el ayuntamiento. No estaré en vuestra lista. Os vendería papel, si tuviera. No tengo.

LOUISE. Simone, no te pido nada. Pero mañana por la noche, cuando se cuenten los votos, me gustaría que estuvieras en la sala. No en la lista. En la sala. Para que Marcel sepa, cuando vuelva, que su mujer estuvo mirando.

SIMONE. Cerraré la tienda.

(Una pausa.)

AUGUSTINE. Ya van dos. ¿Dos es una lista?

LUCIE. Dos es un principio.

ESCENA 4

(La campanilla, de golpe. Claude entra corriendo, sin aliento, con un papel azul en la mano.)

CLAUDE. Louise. Vengo de la granja. No había nadie. Victor me ha dicho que estabas aquí.

(Claude le tiende el papel. Nadie se mueve. Simone deja el trapo.)

LOUISE. ¿Qué es eso?

CLAUDE. Un telegrama.

LOUISE. Ya veo que es un telegrama.

CLAUDE. Ha llegado a las doce y diez. Lo he recibido yo, en el telégrafo. Lo he releído tres veces. Cógelo, Louise.

LOUISE. Léelo tú.

CLAUDE. No tengo derecho. Es tuyo.

LOUISE. Claude. Lo has releído tres veces.

(Una pausa. Claude despliega el telegrama.)

CLAUDE. «Liberado catorce abril. Centro de repatriación. Buena salud. Llego dentro de ocho días. Besos a Victor. Paul.»

(Louise no se mueve. Luego se sienta en el saco de harina vacío, junto al mostrador.)

LOUISE. Buena salud.

CLAUDE. Eso pone.

LOUISE. Ha pagado dos palabras para decir buena salud. Paul nunca paga una palabra de más.

AUGUSTINE. Entonces es verdad.

(Louise se ríe, y luego esconde la cara en el delantal. Augustine le pone una mano en el hombro.)

SIMONE. ¿No hay nada más, Claude?

CLAUDE. Nada más, Simone. Nada para Marcel. Todavía no.

SIMONE. Todavía no.

CLAUDE. Los trenes van llegando. Llegan todos los días.

SIMONE. Eso se lo dices a todo el mundo.

CLAUDE. Se lo digo a todo el mundo porque es verdad para todo el mundo.

(Una pausa. Claude cierra la bolsa.)

CLAUDE. Durante cinco años, he subido las cuestas de este pueblo con telegramas. En los patios ladraban los perros, y luego salían las mujeres, y me veían con el papel azul, y lo sabían. Lo sabían antes de que abriera la boca. Hubo una, en casa de los Bouchard, que cerró la puerta. No quería que se lo diera. Esperé fuera una hora. Este lo he traído corriendo. Desde la oficina. Nunca había corrido con un telegrama.

LOUISE. Gracias, Claude.

CLAUDE. No hay que darme las gracias. Yo soy Correos.

(Lucie, que no ha dicho nada, se acerca.)

LUCIE. Es maravilloso, Louise.

LOUISE. Sí.

LUCIE. Estará aquí para la segunda vuelta, si la hay.

(Una pausa. Louise se levanta, se quita el delantal y lo dobla.)

LOUISE. Lucie. No me presento.

LUCIE. ¿Qué?

LOUISE. Que no me presento. Vuelve dentro de ocho días. Va a bajarse del autocar delante de la iglesia, ¿y lo primero que va a ver es a su mujer en una lista contra la suya? Todo el pueblo le va a contar que no le esperé. No.

LUCIE. ¿Le has esperado cinco años!

LOUISE. Precisamente. Puedo esperar ocho días más.

AUGUSTINE. No son ocho días, Louise. Son seis años. Son las próximas elecciones.

LOUISE. Pues será dentro de seis años.

LUCIE. Antes decías que se reiría. ¿Agricultor, yo? Es Louise. Lo has dicho tú.

LOUISE. No sé lo que diría. Ya no lo sé. Han pasado cinco años. A lo mejor ha cambiado. Victor ha cambiado. Se lava cuatro veces al día y por la noche cuenta a la gente que hay en la cocina.

(Va hacia la puerta.)

LOUISE. Voy a preparar su cuarto. Hay que ventilar. Hay que matar una gallina. Tengo que encontrar café de verdad, Simone, ¿tú tienes?

SIMONE. Me guardo un paquete. Te lo doy.

LOUISE. Ya te lo pagaré.

SIMONE. No me vas a pagar nada.

(Louise sale. La campanilla. Silencio.)

LUCIE. Ya está. Se acabó.

AUGUSTINE. No se ha acabado nada. Queda una candidata.

LUCIE. ¿Quién?

AUGUSTINE. Te dejo que lo adivines. Tiene sesenta y cinco años.

CLAUDE. Setenta y uno.

AUGUSTINE. Tú, vete a repartir tus cartas.

ACTO III : LA NOCHE

ESCENA 1

(El ayuntamiento, esa misma noche. Un escritorio, un armario cerrado, libros de registro. Agathe está sentada al escritorio, con una pluma en la mano. Armand va y viene, con las manos a la espalda.)

ARMAND. «Señor Prefecto.» No. «Señor Prefecto, tengo el honor de comunicarle.»

AGATHE. Ya lo tengo.

ARMAND. «... que las operaciones electorales se desarrollarán mañana en Bellegrange con calma y dignidad.»

AGATHE. Con calma.

ARMAND. Y dignidad.

AGATHE. ¿Estás seguro de lo de la dignidad?

ARMAND. ¿Por qué?

AGATHE. Lucie Garnier ha pasado tres veces por delante del ayuntamiento esta tarde. A la tercera, ha escupido en los escalones.

ARMAND. ¿Que ha escupido?

AGATHE. Ha hecho como que escupía. Pero con mucha convicción.

ARMAND. Pon «con calma». Lo de la dignidad ya se verá.

(Agathe escribe. Armand se detiene delante del armario y toca la cerradura.)

ARMAND. ¿Siguen ahí las resmas?

AGATHE. Bajo llave.

ARMAND. ¿Y la llave?

AGATHE. En su sitio.

ARMAND. ¿O sea?

AGATHE. En el sitio donde tú nunca la buscas.

(Armand sonríe y vuelve a andar.)

ARMAND. «Podría presentarse una lista rival.» No. Eso no lo pongas.

AGATHE. No lo había puesto.

ARMAND. ¿Tú crees que lo harán?

AGATHE. Creo que no tienen papel.

ARMAND. No es eso lo que te pregunto.

(Una pausa. Agathe deja la pluma.)

AGATHE. ¿Qué es lo que te da miedo, Armand? Louise no. Louise no le haría daño ni a una mosca, salvo a las gallinas.

ARMAND. Tengo sesenta y siete años. Si mañana pierdo, ¿qué soy? El viejo que fue alcalde durante la guerra. El que le dio la mano al comandante alemán en los escalones de la iglesia. Se la di, Agathe. Para salvar los caballos del pueblo. Lo dirán de todos modos. Dirán: le dio la mano, y luego las mujeres lo pusieron en la calle.

AGATHE. Nadie dice eso.

ARMAND. Todavía no. Quiero entregar las llaves cuando Paul y Marcel hayan vuelto. No que me las arranquen la víspera.

AGATHE. Tú no tienes las llaves.

ARMAND. Es una manera de hablar.

AGATHE. No. Es una manera de escribir.

(Una pausa. Él la mira.)

ARMAND. Louise sería una buena concejala, ¿sabes? Lo pienso de verdad. Dentro de seis años.

AGATHE. ¿Y yo?

ARMAND. ¿Tú?

AGATHE. Si fuera yo, la de su lista.

(Armand se ríe, suavemente. Se pone detrás de ella y le apoya las manos en los hombros.)

ARMAND. Tú no necesitas estar en el consejo. Estás en todos mis papeles.

AGATHE. Sí. Debajo de tu nombre.

(La besa en la frente. Mira el reloj de pared.)

ARMAND. Las nueve. Me subo a acostar. ¿Vienes?

AGATHE. Paso por casa de mi hermana. Se lo prometí.

ARMAND. Dale un beso de mi parte.

AGATHE. Descuida.

(Armand sale. Agathe relee la carta y la dobla. Luego saca una llave del corpiño, abre el armario y coge una resma de papel blanco.)

ESCENA 2

(La cocina de la granja de los Mercier, por la noche. Una mesa grande, un quinqué de petróleo, un tintero. Por la ventana, la luz del granero. Augustine está sentada en la cabecera de la mesa, con una hoja delante. Lucie afila un lápiz con un cuchillo.)

LUCIE. ¿Ha dicho que sí a lo de la mesa?

AUGUSTINE. Ha dicho: coged la mesa, coged la tinta, coged lo que queráis, que yo estoy desplumando una gallina. Eso quiere decir que sí.

LUCIE. Eso quiere decir que se lava las manos.

AUGUSTINE. Tiene las manos llenas de plumas. Ya se las lavará después.

(Augustine se levanta, coge la hoja y se pone muy derecha.)

AUGUSTINE. Escucha.

LUCIE. ¿Qué?

AUGUSTINE. Mi profesión de fe. Una candidata tiene que dar un discurso.

LUCIE. No tenemos tiempo para discursos, hay que escribir trescientas papeletas.

AUGUSTINE. Después de un discurso se escribe mejor. Escucha. «Electoras, electores de Bellegrange.»

LUCIE. Está bien.

AUGUSTINE. He puesto primero electoras. Ellos han tenido cien años para ir delante, ya pueden ir detrás un domingo.

LUCIE. Siga.

AUGUSTINE. «Me llamo Augustine Roux. Todos me conocéis. He lavado vuestras sábanas, vuestras camisas, vuestros pañales, y también vuestras mortajas. Sé quién se mea en la cama en este pueblo, y a qué edad dejó de hacerlo. No lo diré nunca. Es mi primera promesa.»

LUCIE. Eso es una amenaza.

AUGUSTINE. Es una promesa. Depende de quién escuche. «Mi segunda promesa: un tejado para el lavadero. Desde hace cincuenta años lavamos bajo la lluvia, y desde hace cincuenta años el consejo vota un tejado para la iglesia. La iglesia está muy bien cubierta. Dios no se moja. Nosotras, sí.»

LUCIE. Eso está muy bien.

AUGUSTINE. «Mi tercera promesa: el respeto al registro civil. Propongo que el ayuntamiento deje de colgar en la pared la fecha de nacimiento de las ciudadanas. La edad se dice, no se cuelga.»

LUCIE. Augustine...

AUGUSTINE. La pongo al final, no es lo más importante. «No soy una mujer instruida. Nunca he estado en el consejo. Pero tengo sesenta y cinco años de

sentido común.»

LUCIE. Setenta y uno.

AUGUSTINE. Tengo seis años de sentido común que me guardo para mí.

(Llaman a la puerta. Entra Claude, con la bolsa en la mano.)

CLAUDE. Buenas noches. He cerrado la oficina a las siete. Esta luz se ve desde la carretera.

LUCIE. Mejor. Ya no escondemos nada.

CLAUDE. Yo no he visto nada. Paso por aquí, nada más.

AUGUSTINE. ¿Y pasas por aquí con la bolsa?

(Claude deja la bolsa sobre la mesa, la abre y saca un fajo de impresos.)

CLAUDE. Impresos de telegrama. Doscientos. El dorso está en blanco.

LUCIE. ¡Claude!

CLAUDE. Están contados. Los repondré de mi bolsillo. No es un regalo, es un préstamo de Correos a Correos.

AUGUSTINE. Creía que eras neutral.

CLAUDE. Lo soy. Le presto papel a todo el mundo. Si el alcalde quisiera, también se lo prestaría.

AUGUSTINE. Él ya tiene sus papeletas impresas.

CLAUDE. No es culpa mía.

(Lucie coge un impreso, le da la vuelta y empieza a escribir. Claude mira por encima del hombro de Lucie. Una pausa.)

CLAUDE. Ah.

LUCIE. ¿Ah, qué?

CLAUDE. La papeleta tiene que ser blanca. Sin ninguna marca. Si se pone delante del quinqué...

(Lucie levanta el impreso delante del quinqué.)

LUCIE. Se ve lo impreso por el otro lado. «Administración de Correos.»

CLAUDE. Eso es una marca. La papeleta es nula.

AUGUSTINE. ¿No podías haberlo pensado antes de subir la cuesta?

CLAUDE. Lo pensé subiéndola. Pero ya llevaba la bolsa.

LUCIE. Entonces no tenemos nada. Tenemos una mesa, un quinqué, tinta, una candidata, y ni una hoja.

AUGUSTINE. Una candidata ya tenemos. Es lo principal.

LUCIE. Una lista de una sola persona, sobre ningún papel.

(Augustine dobla su profesión de fe y se la guarda en el corpiño.)

AUGUSTINE. Me la guardo. Para la próxima vez.

LUCIE. Hay que ir a buscar a mamá. Tiene papel de envolver.

AUGUSTINE. ¿Papel de estraza? ¿Para votar?

LUCIE. Mejor que nada.

CLAUDE. También es nulo. Tiene que ser blanco.

LUCIE. Pues voy de todas formas. Si no viene por el papel, vendrá por la letra. Tiene la letra más bonita del cantón. Vamos, Augustine.

AUGUSTINE. ¿Por qué yo?

LUCIE. Porque si se lo pido yo, dirá que no. A una candidata no se atreverá.

(Augustine se levanta y se ajusta el sombrero. Salen. Claude se queda un instante, luego guarda los impresos en la bolsa, uno a uno, contándolos. Al llegar al último, Claude se detiene, lo mira y se lo mete en un bolsillo.)

ESCENA 3

(Louise entra por la puerta del fondo, con una gallina desplumada en la mano y plumas en el delantal. Ve a Claude.)

LOUISE. ¿Se han ido?

CLAUDE. A buscar a Simone. Y papel. No hay papel.

LOUISE. Mejor.

CLAUDE. No lo piensas.

LOUISE. En mi cocina pienso lo que quiero.

CLAUDE. Es verdad. Buenas noches, Louise. Lo de Paul me alegra el corazón.

Quería decírtelo.

LOUISE. Lo sé, Claude.

(Claude sale. Louise deja la gallina sobre la mesa vacía. Se sienta. Entra Victor, con un farol en la mano.)

VICTOR. Ya están las vacas dentro. La negra sigue cojeando.

LOUISE. Mañana la miro.

VICTOR. Mañana es domingo.

LOUISE. Las vacas no saben que es domingo.

(Deja el farol. Mira la gallina.)

VICTOR. ¿Es para Paul?

LOUISE. Va a esperar una semana al fresco. No había otra gallina que pusiera menos.

VICTOR. Se va a poner contento. Hablaba de la gallina en el puchero. En el campo, todos hablaban de comida. Por la noche, en el barracón, uno contaba una receta y los demás escuchaban. Una receta duraba una hora. Se le echaba de todo. Hasta lo que nunca había llevado.

LOUISE. ¿Hablaban de mí?

VICTOR. Leía tus cartas.

LOUISE. ¿A ti?

VICTOR. A todos. A todo el barracón. Cuarenta hombres. Las leía en voz alta, los domingos, menos algunos trozos. Se saltaba trozos.

LOUISE. ¿Qué trozos?

VICTOR. No lo sé, se los saltaba.

(Una pausa. Louise se mira las manos.)

LOUISE. En mis cartas no había nada interesante. Las vacas, la recogida, el precio del heno.

VICTOR. El cabo austriaco y los caballos. La trilla del tío Pichon. La requisa de la yegua, cuando le dijiste al teniente que tenía el muermo y él fue reculando hasta el portón. Lloraban de risa, Louise. Había un maestro de Lille que cada semana pedía la continuación.

LOUISE. No lo sabía.

VICTOR. En el barracón te habían puesto un nombre.

LOUISE. ¿Qué nombre?

VICTOR. La señora alcaldesa.

(Louise se ríe, y luego se detiene.)

LOUISE. Era para burlarse.

VICTOR. Era para aguantar.

(Una pausa. Louise se levanta, va a la ventana, mira el granero.)

LOUISE. ¿Quieres saber lo peor, Victor?

VICTOR. Si quieres contármelo.

LOUISE. Lo peor es que me ha gustado. La guerra no. Las noches no. Ni las cartas que no llegaban, ni el correo que se espera asomada a la ventana. Pero por la mañana, a las cinco, cuando salía al patio, y sabía lo que había que hacer, y era yo la que decidía. El heno, el martes. La negra, nos la quedamos. El caballo, lo escondemos en casa de los Bouchard. Nadie que me dijera: espera, ya veremos. Cinco años sin que nadie me diga: ya veremos. Y ahora vuelve, y soy feliz, te juro que soy feliz, y hay una vocecita que pregunta: ¿y por la mañana, a las cinco, quién va a decidir? Me da vergüenza esa voz.

VICTOR. No tiene por qué.

LOUISE. Eso lo dices tú.

VICTOR. En el campo, todos teníamos una vocecita así. La mía preguntaba si de verdad tenía ganas de volver. Si no era más sencillo allí, con la sopa a su hora y nadie a quien dar explicaciones.

LOUISE. ¿Y entonces?

VICTOR. Entonces volví. La voz también. Ahora vivimos los tres.

(Una pausa. Victor se sienta a la mesa. Louise vuelve a sentarse frente a él.)

VICTOR. En el campo, votamos.

LOUISE. ¿Votasteis?

VICTOR. Al hombre de confianza. El que habla con los alemanes en nombre de

todos, el que recibe los paquetes de la Cruz Roja, el que reparte. Votábamos en papel de fumar. Paul se presentó.

LOUISE. ¿Paul? Si no habla nunca.

VICTOR. Allí hablaba. Tenía enfrente a un sargento de Nevers que quería el puesto. Contamos los papelitos encima de una manta. Paul ganó por un voto.

LOUISE. Por un voto.

VICTOR. Esa noche me dijo: ¿sabes quién me votó, el voto que marcó la diferencia? Yo. Me voté yo. Dijo: si no me voto yo, no veo por qué tendrían que votarme los demás.

(Una pausa larga. Louise toca la gallina.)

LOUISE. ¿Y tú a quién votaste?

VICTOR. Al sargento.

LOUISE. ¡Victor!

VICTOR. Tenía tabaco. Pero Paul ganó de todos modos. Gracias a sí mismo.

(Louise se ríe. Victor sonríe.)

LOUISE. No puedo presentarme contra él, Victor.

VICTOR. Pues no te presentes contra él. Ponlo en tu lista.

LOUISE. ¿En mi lista?

VICTOR. Pon a los cinco. Paul, Marcel, los otros. Los prisioneros no son de Armand. No son de nadie. Pon a todo el mundo. Copia su cartel.

LOUISE. Y cambio un solo nombre.

VICTOR. ¿Cuál?

LOUISE. El suyo.

VICTOR. El del alcalde.

VICTOR. Así nadie podrá decir que estás contra los prisioneros, ni contra Bastien, que lleva cinco años herrando los caballos sin cobrar. No estás contra nadie. Estás contra un nombre. Uno solo. Y ha tenido veinte años para hacerse a la idea.

LOUISE. ¿Y tú? Tú querías que te tacharan.

VICTOR. Si te tacho, dirán que es por los rumores. Me quedo. No quiero presidir nada, no quiero volver a votar sobre una manta, pero me quedo. Dormiré en las sesiones.

(Una pausa.)

VICTOR. Y además hay otra cosa. A partir de esta noche, duermo en casa de Augustine.

LOUISE. ¿En casa de Augustine?

VICTOR. Tiene un cuarto vacío desde 1916. Se lo he pedido esta tarde. Me ha dicho: por fin un hombre bajo mi techo, la gente va a hablar, ya iba siendo hora.

LOUISE. No tienes por qué.

VICTOR. Sí. Por Paul. Por ti. Para que mañana, cuando te vean entrar en la cabina, solo piensen en eso: la cabina.

(Se levanta y coge el farol.)

LOUISE. Victor.

VICTOR. Dime.

LOUISE. ¿Seguirás contando a la gente, por la noche, en casa de Augustine?

VICTOR. Solo estará ella. Acabaré enseguida.

(Sale. Louise se queda sola. Saca el telegrama del bolsillo, lo relee, le da la vuelta. Moja la pluma en el tintero y escribe en el dorso, despacio. Mira lo que ha escrito y luego pone el tintero en el centro de la mesa.)

ESCENA 4

(Una pausa. La puerta. Entra Augustine, seguida de Lucie y luego de Simone, que aprieta contra el pecho un estuche de plumas de madera.)

AUGUSTINE. Ha venido.

SIMONE. He venido a escribir. No estoy en la lista. Yo sujeto el lápiz, que es distinto.

LUCIE. Muy distinto. El lápiz no vota.

SIMONE. Tú, cállate.

(Ven a Louise, de pie, con el tintero en el centro de la mesa.)

AUGUSTINE. ¿Has terminado con la gallina?

LOUISE. He terminado con la gallina.

AUGUSTINE. ¿Y?

LOUISE. Y me presento.

(Un silencio. Lucie suelta un grito y se tapa la boca con la mano.)

SIMONE. ¿Y Paul?

LOUISE. Paul está en la lista. En la nuestra. Todo el mundo está en la nuestra: copiamos el cartel del alcalde, línea por línea, y cambiamos un solo nombre. El suyo. No le quito el sitio a Paul. Le quito el sitio a Armand.

SIMONE. ¿Y Marcel?

LOUISE. Marcel también. Tu marido estará en las dos listas, Simone. No puede perder.

(Simone deja el estuche. Se sienta.)

SIMONE. Nunca ha estado en dos listas. Se va a poner insoportable.

AUGUSTINE. ¿Y yo?

LOUISE. Solo hay que cambiar un nombre, Augustine. Si cambiamos dos, ya no es la lista del alcalde con una mujer dentro. Es la lista de las mujeres contra el alcalde.

AUGUSTINE. Si cambiáramos dos, yo sería la segunda.

LOUISE. Usted sería la segunda.

AUGUSTINE. La segunda. El sitio de la que sustituye a la primera cuando tiene la gripe.

LOUISE. Yo nunca tengo la gripe.

(Augustine saca la profesión de fe del corpiño, la mira y vuelve a guardarla.)

AUGUSTINE. Entonces no seré la segunda de nadie. Quédate tu nombre para ti sola, se verá mejor. Mi profesión de fe esperará a 1951. Seré más joven.

LUCIE. Tenemos una candidata, diez nombres, una mesa, una pluma, y nada de papel.

(Llaman. Todas se quedan inmóviles. La puerta se abre: Agathe, con un paquete envuelto en papel de estraza bajo el brazo.)

AGATHE. Buenas noches. ¿No las molesto?

LOUISE. Señora Delorme.

AGATHE. Armand duerme. Se duerme a las nueve desde la Liberación. Durante la Ocupación no dormía nada. Está recuperando.

(Deja el paquete sobre la mesa y deshace el cordel. Una resma de papel blanco.)

LUCIE. Eso es...

AGATHE. Una resma de la prefectura. Quinientas hojas. La otra se queda en el ayuntamiento, para las papeletas en blanco.

SIMONE. ¿Sabe él que está usted aquí?

AGATHE. Sabe que he salido. Cree que estoy en casa de mi hermana. Mi hermana murió en el 38, pero él no se fija en esas cosas.

AUGUSTINE. ¿Por qué hace esto?

AGATHE. Porque es el papel del municipio. Y en unas elecciones hacen falta dos papeles para dos listas. Si no, no son unas elecciones, es un bautizo.

LOUISE. Se va a poner furioso.

AGATHE. Armand nunca se pone furioso. Se lleva una decepción. Eso dura mucho más.

(Se sienta en la punta de la mesa y se quita los guantes.)

LUCIE. ¿Va a escribir con nosotras?

AGATHE. No.

LUCIE. Entre cuatro no acabaremos nunca.

AGATHE. No puedo escribir, Lucie. Mi letra la conoce todo el pueblo. Los carteles del ayuntamiento, las actas, los certificados, las cartillas de racionamiento, las cartas al prefecto, las respuestas a los alemanes. Desde hace veinte años. Armand firma. Tiene una firma muy bonita. Es lo único que escribe. Y cuando duerme, la firma también la hago yo.

(Una pausa.)

SIMONE. ¿Fue usted quien escribió mis libros de cuentas? ¿En el 42, cuando

él se los llevó para revisarlos?

AGATHE. Los copié enteros. Los tuyos tenían manchas de azúcar.

(Simone baja los ojos. Augustine suelta una risita.)

AUGUSTINE. Entonces el alcalde es usted.

AGATHE. No. El alcalde es el que firma. Yo soy la letra.

AUGUSTINE. ¿Y el cartel con la edad de las mujeres también es cosa suya?

AGATHE. El registro civil soy yo.

AUGUSTINE. No se lo perdonaré nunca.

AGATHE. Tengo sesenta y ocho años, Augustine. Está escrito al lado de los suyos. Estamos en paz.

(Lucie reparte las hojas. Simone abre el estuche y prepara las plumas. Louise moja la suya.)

LUCIE. El cartel del alcalde, en orden, menos la primera línea. Louise Mercier. Fernand Bastien. Émile Bouchard. Joseph Pichon. Los cinco prisioneros. Victor Mercier. Diez nombres. En cada hoja.

SIMONE. Diez nombres, trescientas hojas. Tres mil nombres.

AUGUSTINE. Entre cuatro, salen a quinientos cada una.

LUCIE. A setecientos cincuenta.

AUGUSTINE. Yo pasados los quinientos no cuento, me cansa.

(Escriben. El rasqueo de las plumas. Agathe las mira, con las manos cruzadas.)

SIMONE. Augustine, ha escrito usted su nombre.

AUGUSTINE. ¿Dónde?

SIMONE. Abajo. Después de Victor. Con dos erres en Roux.

AUGUSTINE. Es la mano. Tiene la costumbre.

SIMONE. Hay diez puestos. El nombre número once no cuenta.

AUGUSTINE. Siempre las mismas, las que no cuentan.

AGATHE. Y con dos erres es una falta.

AUGUSTINE. Con dos erres es para que se me note.

(Augustine rehace su hoja. Una pausa. Las plumas.)

LOUISE. Es raro.

LUCIE. ¿El qué?

LOUISE. Escribir tu propio nombre. Lo he escrito treinta veces. A la trigésima, ya no sabes si es un nombre. Parece una palabra cualquiera. Louise. Ya no quiere decir nada.

AGATHE. Por eso Armand solo firma una vez por papel.

(Una pausa. Las plumas. Lucie bosteza, apoya la cabeza en los brazos y sigue escribiendo con una mano.)

SIMONE. Lucie, te estás durmiendo.

LUCIE. Estoy escribiendo.

SIMONE. Escribes dormida. Tu Garnier acaba en ronquido.

(Lucie se duerme del todo. Simone le quita la pluma, la tapa con su chal y sigue la hoja donde ella la había dejado.)

AGATHE. Me vuelvo a casa. Se despierta a las cuatro para comprobar que estoy.

LOUISE. Señora Delorme. Gracias.

AGATHE. No me dé las gracias. Mañana voto a mi marido.

(Se pone los guantes y sale. Las plumas. La luz del quinqué baja. Louise escribe su nombre, se detiene, lo mira, y sigue.)

ACTO IV : EL AULA

ESCENA 1

(Domingo 29 de abril, las ocho menos cinco. El aula de la escuela. Los pupitres arrimados a las paredes, una mesa en el centro con una urna de madera cerrada con dos candados. En un rincón, una cortina colgada de una barra: la cabina. Armand, de traje, coloca las papeletas impresas sobre la mesa. Agathe ordena los sobres. Claude espera, con la tarjeta electoral en la mano.)

ARMAND. Dos candados. Una llave para mí, otra para quien haga de primer

vocal. Agathe, ¿los sobres?

AGATHE. Trescientos doce. Uno por inscrito. Contados dos veces.

ARMAND. Claude, ¿votas tú primero?

CLAUDE. El telégrafo abre a las nueve, incluso en domingo. Voto y me bajo.

ARMAND. Nos hace falta la mesa. Yo presido. De vocales, las dos personas de más edad y las dos más jóvenes del electorado presente. Hay que esperar a que venga alguien.

(Se abre la puerta. Entra Augustine, de negro, con un sombrero de velo y una cesta al brazo. Deja la cesta sobre la mesa: papeletas escritas a mano, en montones.)

AUGUSTINE. Buenos días, señor alcalde. Vengo a depositar.

ARMAND. ¿A depositar qué?

AUGUSTINE. Nuestras papeletas. Al lado de las tuyas. Es la regla, lo dijo Claude, lo dijo la circular. Cada cual trae las tuyas.

(Armand coge una papeleta, la mira, la vuelve hacia la ventana.)

ARMAND. Es el papel de la prefectura.

AUGUSTINE. Es papel blanco.

ARMAND. Es el papel de la prefectura. Reconozco el grano. Estaba bajo llave.

(Se vuelve hacia Agathe. Ella sigue contando sobres.)

AGATHE. Trescientos diez, trescientos once, trescientos doce.

ARMAND. Agathe.

AGATHE. Estaba bajo llave. Yo tengo la llave. Tengo todas las llaves, Armand, desde hace veinte años. Me las diste el día que perdiste la de la iglesia.

ARMAND. Podrías habérmelo dicho.

AGATHE. Habrías dicho que no.

ARMAND. Sí.

AGATHE. ¿Lo ves? Así hemos ganado tiempo.

(Una pausa. Armand deja la papeleta al lado de las tuyas y alinea los dos

montones.)

ARMAND. Bien. Dos listas. Esto son unas elecciones.

AGATHE. Es lo que dije anoche.

ARMAND. Anoche estabas en casa de tu hermana.

AGATHE. Mi hermana te manda saludos.

(Armand mira el reloj de pared.)

ARMAND. Las ocho. Votantes presentes: Agathe, Claude, la señora Roux y yo. Yo presido. Para la juventud, tenemos a Claude. Las dos de más edad, Agathe y la señora Roux. La llave, para la mayor: Agathe, sesenta y ocho años. Agathe, tú llevas la segunda llave.

AUGUSTINE. No.

ARMAND. ¿No?

AUGUSTINE. La segunda llave es para vigilar la primera. No voy a dejar que la mujer del alcalde vigile al alcalde. Es como dejar que el zorro cuente las gallinas.

AGATHE. Gracias, Augustine.

AUGUSTINE. No es contra usted. Es contra los zorros.

ARMAND. La ley dice la mayor. Usted confiesa sesenta y cinco, Augustine. Yo no me permitiría contarle ni uno más.

AUGUSTINE. Tengo setenta y uno.

(Una pausa.)

ARMAND. ¿Perdón?

AUGUSTINE. Setenta y uno. La mayor soy yo. Soy cuatro años más vieja que usted, Armand. Le llevé a cuentas cuando tenía tres años, en la fiesta de San Juan, porque no paraba de llorar. Presido la vejez de esta mesa. Me siento a la mesa y llevo la segunda llave.

CLAUDE. Es la fecha del registro civil. Ya lo dije.

AUGUSTINE. Tú haces de juventud de la mesa. Calla y siéntate.

(Armand le tiende la segunda llave a Augustine. Ella la coge y la aprieta en el puño.)

ARMAND. Y que esto no salga de aquí, supongo.

AUGUSTINE. Está colgado en la pared del ayuntamiento, Armand. Ya puede salir.

(Se instalan. Armand abre los dos candados con Augustine, enseña la urna vacía y la vuelve a cerrar.)

ARMAND. La urna está vacía. Queda abierta la votación.

ESCENA 2

(Las once. El sol ha entrado en el aula. Armand, Augustine, Agathe y Claude ocupan su sitio detrás de la mesa. Avanza una cola invisible. Lucie está apoyada en el marco de la puerta, fuera, y mira hacia dentro.)

CLAUDE. El telégrafo está cerrado. Por primera vez desde el 39, un domingo, está cerrado.

ARMAND. Si alguien se muere, que espere al lunes.

CLAUDE. Ya nadie se muere por telegrama. Ahora vuelven.

AUGUSTINE. Ciento doce votantes. De ellos, sesenta y una mujeres. Las cuento aparte.

ARMAND. Eso no está previsto en el registro.

AUGUSTINE. Está previsto en mi cabeza.

(Entra Victor, con la chaqueta limpia. Presenta su tarjeta. Agathe la comprueba.)

AGATHE. Victor Mercier.

VICTOR. Presente.

(Coge una papeleta impresa, una papeleta escrita, un sobre. Entra en la cabina. La cortina. Sale casi enseguida y mete el sobre en la urna.)

ARMAND. Ha votado.

VICTOR. Va más rápido que en el campo. No hay centinela.

ARMAND. Qué rápido has sido, Victor.

VICTOR. He tachado un nombre. Un nombre no lleva mucho tiempo.

ARMAND. ¿Cuál?

VICTOR. El secreto del voto, señor alcalde. Lo escribió usted en el cartel.

AGATHE. Lo escribí yo.

(Victor saluda y sale. Pasa por delante de Lucie.)

VICTOR. ¿No entras?

LUCIE. No tengo derecho a entrar en la cabina. Tengo derecho a mirar la puerta.

VICTOR. Dentro de un mes, tendrás derecho.

LUCIE. Dentro de un mes no quedará nada que votar. Lo habrán votado todo sin mí.

VICTOR. Siempre habrá algo que votar. Es como la colada.

(Sale. Entra Simone, con la bolsa de la compra al brazo. Presenta su tarjeta, mira a Armand y coge, delante de sus ojos, una papeleta impresa de la lista de él, una sola.)

SIMONE. Buenos días, señor alcalde.

ARMAND. Armand.

SIMONE. Buenos días, Armand.

(Entra en la cabina. Una pausa. Se la oye rebuscar en la bolsa. Sale y mete el sobre en la urna.)

ARMAND. Ha votado.

SIMONE. Me vuelvo a la tienda. Está cerrada, pero hay que recortar los tickets.

(Sale sin mirar a Lucie. Lucie la sigue con la mirada. Una pausa. Louise aparece en la puerta, con el vestido de los domingos y un sombrero que nunca le habían visto. Se detiene en el umbral, al lado de Lucie.)

LUCIE. Llevas sombrero.

LOUISE. Es el de mi madre. El de su boda.

LUCIE. ¿Entras?

LOUISE. Están los Bouchard en el patio. Y la panadera. Y el cura, que no vota, pero mira.

LUCIE. ¿Y qué más da?

LOUISE. Me van a ver entrar detrás de la cortina, y van a contar. El tiempo que tardo. Si tardo mucho, es que dudo. Si tardo poco, es que lo tenía decidido. En los dos casos, lo sabrán.

LUCIE. No sabrán nada. Para eso está la cortina.

LOUISE. Tú nunca has vivido en un pueblo, Lucie. Solo has nacido en uno.

LUCIE. ¿Entras?

LOUISE. Entro.

(No entra.)

LUCIE. Louise.

LOUISE. Entro.

(Entra. Presenta su tarjeta. Agathe la comprueba, no dice nada. Louise coge una papeleta impresa, una papeleta escrita, un sobre. Mira la cabina.)

AUGUSTINE. No muerde, es una cortina.

LOUISE. Ya lo sé.

(Entra en la cabina. La cortina se cierra. Una pausa. Una pausa larga. Armand mira el reloj. Augustine mira la cortina.)

CLAUDE. Hay gente esperando detrás, en el patio.

ARMAND. Ya esperarán.

(Otra pausa. Se ven los pies de Louise bajo la cortina, que no se mueven.)

AUGUSTINE. Sabes escribir tu nombre, Louise, lo has escrito trescientas veces esta noche.

ARMAND. Señora Roux. A la cabina no se le habla.

AUGUSTINE. No le hablo a la cabina. Le hablo a la cortina.

(La cortina se abre. Louise sale, con el sobre en la mano. Lo mete en la urna.)

ARMAND. Ha votado.

(Louise se queda delante de la mesa. Armand la mira.)

ARMAND. Paul está en mi lista, Louise.

LOUISE. También está en la mía. Todo el mundo está en la mía, menos usted.

ARMAND. Ya lo he visto. Está bien hecho. No está usted contra nadie. Solo contra mí.

LOUISE. No estoy contra usted. Estoy al lado.

ARMAND. En el mismo sitio, entonces. Solo hay una silla.

LOUISE. Ayer fue a ver a Simone.

ARMAND. Compré pasta.

LOUISE. Le habló del azúcar. Le habló de Victor a Lucie, sabiendo que me lo iba a repetir. Y a mí, el martes, me habló de Paul, para el cartel. Usted nunca amenaza a nadie, señor alcalde. Usted avisa. Ha avisado a todo el pueblo, persona por persona.

ARMAND. He sostenido este pueblo cinco años avisando a la gente. Así es como se evita lo peor.

LOUISE. Yo también lo he sostenido. Las siete granjas de arriba, la recogida, la trilla. No he avisado a nadie. Lo he hecho.

ARMAND. Sé lo que ha hecho usted. Nadie lo sabe mejor que yo. Por eso quería que esperara. Para que Paul la viera hacerlo, y que no le diera miedo.

LOUISE. ¿Usted cree que le voy a dar miedo?

ARMAND. Creo que todo lo que se ha movido mientras él no estaba le va a dar miedo. La granja, su hermano, su mujer. Quería dejarle una cosa que no se hubiera movido. El consejo. Yo.

LOUISE. ¿Y a mí qué me dejan?

(Una pausa. Armand no contesta.)

ARMAND. Ha tardado usted lo suyo, detrás de la cortina.

LOUISE. Es el secreto del voto, señor alcalde. Lo pone en su cartel.

AGATHE. En mi cartel.

(Louise sale. Augustine se inclina hacia Agathe.)

AUGUSTINE. ¿Ha visto qué cara traía?

AGATHE. La cara de alguien que sale de la cabina.

AUGUSTINE. La cara de alguien que ha hecho algo al revés.

ESCENA 3

(Las seis de la tarde. La luz ha girado. La mesa está cubierta de sobres abiertos. Claude despliega las papeletas y las lee; Augustine y Agathe van marcando en dos hojas. Armand vigila. En la sala, de pie contra los pupitres: Louise, Simone, Lucie, Victor.)

CLAUDE. Lista Delorme, entera.

AUGUSTINE. Delorme, entera.

CLAUDE. Lista Mercier, entera.

AGATHE. Mercier, entera.

CLAUDE. Lista Delorme. Pichon tachado.

AUGUSTINE. Hay muchos que tachan a Pichon.

ARMAND. Es la yegua. Nunca se lo han perdonado.

CLAUDE. Lista Delorme. Pichon tachado. Añadido a mano: «Louise Mercier».

AUGUSTINE. Este quiere al alcalde y a Louise.

ARMAND. Está permitido. Hay diez puestos.

AGATHE. Ya van dos así.

(Claude despliega la papeleta siguiente y se detiene.)

CLAUDE. Lista Mercier. Todo tachado. Y abajo, a mano, un solo nombre: «Augustine Roux».

(Una pausa. Todo el mundo mira a Augustine.)

AUGUSTINE. ¿Y qué? Hay una electora con buen gusto.

LUCIE. Es usted.

AUGUSTINE. El voto es secreto.

LUCIE. Está escrito con dos erres en Roux.

AUGUSTINE. En este pueblo hay gente con erres de sobra, eso no prueba nada.

CLAUDE. Augustine Roux: un voto.

AUGUSTINE. Un voto. Siempre se empieza por uno.

(Claude despliega la papeleta siguiente, la levanta delante de la lámpara y

la deja.)

CLAUDE. Un impreso de telegrama. A contraluz se lee «Administración de Correos». Marca. Nula.

AUGUSTINE. ¿Y quién vota en un telegrama?

(Un silencio.)

CLAUDE. Yo.

LUCIE. ¿Usted sabía que sería nula!

CLAUDE. Por eso. Un voto para alguien es un voto contra otro. Correos no vota contra nadie.

AUGUSTINE. ¿Has cerrado el telégrafo para anular tu voto?

CLAUDE. Quería meter un sobre en la urna. Lo que haya dentro solo le incumbe a Correos.

ARMAND. Nula. La siguiente.

(Claude abre el sobre siguiente. Cae de él un cuadradito de papel. Claude lo recoge.)

CLAUDE. Hay un ticket de pan en el sobre. Con la papeleta.

ARMAND. ¿Un ticket?

CLAUDE. Un ticket de pan, de abril. Categoría A. Un objeto en el sobre es una marca. La papeleta tendría que ser nula.

(Un silencio. Simone no se mueve. Armand coge el ticket y lo mira largo rato.)

ARMAND. Esto no es una marca. Es un ticket de pan. En este país todo el mundo lleva tickets de pan en los bolsillos. Se ha caído. La papeleta es válida.

CLAUDE. Señor alcalde...

ARMAND. Decide el presidente de la mesa. Lee.

CLAUDE. Lista Mercier, entera.

(Una pausa. Armand deja el ticket sobre la mesa, bien plano.)

SIMONE. Es mío.

LUCIE. Mamá.

SIMONE. Los meto en todas partes. En la bolsa, en los bolsillos, en los libros. Rebusqué para encontrar el papel bueno y salieron dos. Cogí la suya delante de sus narices, y metí la otra.

ARMAND. Lo sé, Simone. Te vi coger la mía esta mañana, una sola, delante de mis narices. Los que me votan a mí no necesitan que los mire.

SIMONE. Lo sabía, y la ha dado por válida.

ARMAND. Puedes recuperar tu ticket. También es válido.

(Simone se acerca y recoge el ticket. Lucie le coge la mano.)

LUCIE. Tenías miedo, y lo has hecho de todos modos. Yo nunca tengo miedo de nada. No cuenta lo mismo.

SIMONE. Contará dentro de un mes. Ya verás, la mano tiembla.

(Claude despliega la papeleta siguiente, la mira, duda.)

CLAUDE. Lista Mercier. «Louise Mercier», tachado. Y abajo, a mano: «Augustine Roux».

(Augustine levanta la cabeza. Mira a Louise. Louise se mira los zapatos.)

AUGUSTINE. Dos votos.

LUCIE. ¿Otra vez usted?

AUGUSTINE. No. Esta vez no.

(Una pausa. Augustine marca, sin quitarle los ojos de encima a Louise.)

AUGUSTINE. Tengo una electora. Una de verdad. Que no soy yo.

LOUISE. No he sido yo.

AUGUSTINE. Yo no he preguntado nada.

(Claude despliega la siguiente. La mira. La vuelve hacia la lámpara.)

CLAUDE. Lista Delorme. «Armand Delorme», tachado. Añadido, a mano: «Louise Mercier».

VICTOR. Uno más.

CLAUDE. Es la letra.

ARMAND. ¿Qué letra?

CLAUDE. La letra de los carteles. Del ayuntamiento. De las tarjetas electorales.

SIMONE. La letra de mis libros de cuentas.

(Todo el mundo se vuelve hacia Armand.)

VICTOR. ¿Se ha tachado usted, señor alcalde?

(Armand no contesta. Coge la papeleta de manos de Claude. La mira. Luego mira a Agathe. Agathe deja el lápiz.)

AGATHE. No. He sido yo.

ARMAND. Me dijiste que votabas a tu marido.

AGATHE. He votado a tu herrador, a tu molinero, a tu Pichon, a tus cinco prisioneros, a Victor, que no quiere. He votado a toda tu lista, Armand, menos a un nombre. El que escribo desde hace veinte años al pie de tus cartas.

ARMAND. ¿Por qué?

AGATHE. Porque es la primera vez que me piden mi opinión con un sobre. Las otras veces me la pedías en la mesa, y luego hacías lo contrario.

ARMAND. No siempre.

AGATHE. No siempre. La moción de 1925 fue idea mía.

(Una pausa. Armand deja la papeleta delante de Claude.)

ARMAND. Válida. Sigue.

(La luz baja. Pasa el tiempo. Los montones menguan. Cuando vuelve la luz, la lámpara está encendida. Claude deja la última papeleta. Augustine y Agathe suman. Armand se levanta, con las hojas en la mano.)

ARMAND. Inscritos: trescientos doce. Votantes: doscientos ochenta y uno. En blanco y nulos: tres. Votos válidos: doscientos setenta y ocho. Mayoría absoluta: ciento cuarenta.

LUCIE. Lea.

ARMAND. Paul Mercier: doscientos setenta y siete. Elegido.

(Louise cierra los ojos.)

ARMAND. Marcel Garnier: doscientos setenta y seis. Elegido.

SIMONE. Tiene uno menos. Se pasará la vida buscándolo.

ARMAND. Los otros tres prisioneros: elegidos. Fernand Bastien, Émile Bouchard: elegidos. Joseph Pichon: ciento noventa y uno. Elegido.

AUGUSTINE. La yegua le ha perdonado.

ARMAND. Victor Mercier: doscientos cincuenta y uno. Elegido.

VICTOR. No.

ARMAND. Sí.

VICTOR. Había tachado mi nombre.

AUGUSTINE. Hay doscientos cincuenta y uno que lo han dejado. Desde ayer duermes en mi casa, eso te ha hecho propaganda.

ARMAND. Armand Delorme: ciento treinta y nueve.

(Una pausa.)

ARMAND. Louise Mercier: ciento treinta y nueve.

(Un silencio total.)

ARMAND. Augustine Roux: dos.

AUGUSTINE. Dos.

ARMAND. Nueve elegidos de diez. A la señora Mercier le falta un voto. A mí me falta un voto. El último puesto se decidirá en la segunda vuelta, el domingo 13 de mayo, por mayoría simple. Queda elegido el que tenga más votos. O elegida.

LUCIE. ¿Y si vuelve a haber empate?

(Armand no contesta. Augustine deja el lápiz.)

AUGUSTINE. En caso de empate, pasa el de más edad. Es la ley. La he leído esta mañana, por lo de la llave.

LUCIE. El de más edad es...

AUGUSTINE. Él. Por veintiocho años. Para una vez que la edad sirve de algo, tiene que ser para él.

(Una pausa.)

AUGUSTINE. A Louise le falta un voto. Yo sé dónde está.

AGATHE. Y a Armand le falta otro. Yo también sé dónde está.

ARMAND. La votación queda cerrada. Gracias a todos. Se levanta la sesión.

ESCENA 4

(La sala se vacía. Victor sale con Simone y Lucie. Agathe se pone los guantes y espera junto a la puerta. Claude recoge los sobres vacíos, los cuenta y luego sale. Augustine sigue sentada, con la llave todavía en el puño. Louise no se ha movido. Armand reúne en un montón las papeletas que no se han usado.)

ARMAND. Sobran muchas. De las suyas.

LOUISE. Escribimos demasiadas. Teníamos miedo de quedarnos cortas.

ARMAND. Las guardará para el 13.

LOUISE. El 13, Paul ya habrá vuelto.

ARMAND. Votará.

LOUISE. Votará lo que quiera. Yo también.

(Louise va a la punta de la mesa, donde queda la resma del ayuntamiento. Coge una hoja en blanco, se sienta en el sitio de Claude y coge el lápiz.)

ARMAND. En caso de empate, soy yo, Louise.

LOUISE. Sé contar. Hago la recogida de siete granjas.

ARMAND. En 1925 tardé veinte minutos en dejar mi nombre. Nunca se lo he contado a nadie.

LOUISE. El 13, voy contra usted.

ARMAND. Va contra mi nombre. No es lo mismo. Y además, si tengo que perder, prefiero perder contra alguien que se ha dado su propio voto. Si no, uno nunca sabe contra quién ha perdido.

(Se vuelve a poner el sombrero. Agathe, en la puerta, le ofrece el brazo.)

AGATHE. ¿Estás enfadado conmigo?

ARMAND. Estoy decepcionado.

AGATHE. Eso va para largo.

ARMAND. Quince días. Hasta el 13.

AGATHE. ¿Y después?

ARMAND. Después, me dirás a quién votar.

(Salen del brazo. Una pausa. Augustine se levanta, se acerca y mira la hoja en blanco delante de Louise.)

AUGUSTINE. Te tachaste.

LOUISE. Le di mi voto.

AUGUSTINE. No lo quería. Bueno, sí. Pero ese no. Ese era el tuyo.

LOUISE. Tenía el lápiz, vi mi nombre arriba del todo, y oí a todo el pueblo detrás de la cortina. Qué se habrá creído. Por quién se tendrá esa.

(Una pausa. Louise escribe.)

LOUISE. Por Louise Mercier.

AUGUSTINE. ¿Y debajo?

LOUISE. ¿Debajo qué?

AUGUSTINE. En el cartel del ayuntamiento, debajo del nombre, ponen el oficio.

(Louise mira la hoja. Vuelve a escribir.)

LOUISE. Agricultora.

(Deja el lápiz. Augustine abre el puño, mira la llave de la urna y se la mete a Louise en el bolsillo. Oscuro.)



Ensaya este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabájalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escríbenos a contact@acto.re.